

LOS ÚLTIMOS DÍAS
DE LOS TEMPLARIOS

Mario Dal Bello

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LOS TEMPLARIOS

Sobre la imagen de cubierta, el editor
queda a disposición de los eventuales propietarios de los derechos.

Título original:
Gli ultimi giorni dei templari
© 2013, Città Nuova Editrice
Via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma

Traducción: *Javier Rubio*
Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2017, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-365-2
Depósito legal: M-2.569-2017

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

¡Jerusalén, Jerusalén!

La mañana del 13 de enero de 1129, Troyes, situada entre las dulces colinas de Champaña, despierta blanca de nieve. Aunque hace frío, una multitud compuesta de nobles, caballeros, *magistri*, prelados y monjes está ya reunida dentro de la catedral. La luz entra por las estilizadas ventanas e ilumina el púlpito junto al altar mayor. Ahí está en pie la alta figura de Bernardo de Claraval, el abad cisterciense maestro espiritual de la Europa cristiana. Precisamente él ha convocado en tierras de Francia este concilio, en el que participan el embajador del papa, el cardenal Mateo de Albano, los arzobispos de Reims y de Sens, diez obispos, siete abades, dos *magistri* de la universidad, cinco caballeros y tres nobles laicos: Teobaldo II, conde de Champaña; Guillermo, conde de Nevers, y el senescal André de Baudemont. Sus palabras se esperan con impaciencia.

Bernardo empieza con tono decidido. Desea presentar a un grupo de devotos que vienen de Tierra Santa, que han sido enviados por el rey Balduino II de Jerusalén y se hacen llamar «los pobres caballeros de Cristo y del Templo de Salomón». Cinco hombres con espada al costado, capa blanca, cabello corto y barba larga suben a su lado.

Algunos reconocen al caballero que va a hablar. Es Hugo de Payns, nacido precisamente allí, cerca de Troyes. Veinte años atrás también él había ido a Tierra Santa junto a muchos otros caballeros para liberar Jerusalén de los herejes. «Recuerdo –dice emocionado– los escalofríos en la espalda cuando el papa Urbano clamó en Clermont: “¡Jerusalén, Jerusalén!”». Lo dejamos todo para irnos de peregrinos a ver el lugar donde había nacido nuestra fe». Un entusiasmo sincero y una fe ardiente habían convulsionado Europa: ¡liberemos el sepulcro de Cristo!, se decía por todas partes.

Tras la conquista, Hugo ya no ha querido seguir viviendo como tantos caballeros, arrogantes y violentos. Se ha quedado en Jerusalén «para hacer penitencia y usar la espada para proteger a los peregrinos de los bandidos y leones que infestan los caminos de Palestina», afirma convencido.

Ya son un pequeño grupo. Viven junto a los restos del Templo de Salomón en la Ciudad Santa, pobres y castos como monjes, pero sin ser sacerdotes. El mismo rey Balduino les ha donado una casa y Hugo ha sido elegido maestro por los *hermanos*. El rey lo ha enviado a Europa para pedir la bendición del papa sobre la nueva hermandad, pero también para buscar hombres y bienes. En Tierra Santa siempre están en guerra y en peligro.

Esta novedad inquieta a la asamblea. Hasta ahora solo se conocía a monjes que vivían en abadías. Estos caballeros quieren vivir como monjes y además seguir siendo guerreros. Parece un contrasentido. Algunos lo meditan mientras otros niegan con la cabeza. Reina el silencio.

La multitud sale de la iglesia comentando entre dientes lo que ha contado Hugo, mientras el caballero se queda con sus compañeros a las puertas de la catedral. Bernardo se les acerca; está convencido de que la Iglesia necesita gente como ellos: un nuevo tipo de caballero. «Podréis usar las armas, pero sin ferocidad y solo para luchar contra el mal», les susurra con la mirada encendida. Mientras tanto, él se encargará de escribir una regla para someterla al criterio del pontífice. «Os encomendaremos a la protección de la Virgen María», dice en tono solemne. Hugo se inclina; sin duda el papa escuchará a Bernardo.

El sol hace brillar la nieve de los tejados, y a los caballeros les parece un buen presagio.

En este día, en la pequeña y fortificada Troyes, nace el Orden de los Caballeros del Temple. Empieza su historia. Vivirán doscientos años de gloria y dolor, de heroísmos y mezquindades.

Este libro narra la última parte de su historia, tratando de hacer justicia ante las leyendas surgidas a raíz de la desaparición de la Orden, que la han envuelto en un misterio aún hoy inquietante, basándose en estudios y descubrimientos de documentos excepcionales, algunos recientes, con el fin de aclarar la verdad. Será una aventura apasionante.

1. La última batalla

El mar que baña el puerto de San Juan de Acre, en el reino cruzado de Siria, resplandece plácidamente en el mes de mayo del año del Señor de 1291. En el bastión del castillo de los Caballeros del Temple ondean grandes banderas. Han pasado casi ciento sesenta años desde la asamblea de Troyes. La Orden se ha difundido desde Tierra Santa a toda Europa y se ha convertido en el símbolo de una fe cristalina dispuesta incluso al heroísmo. Los caballeros son audaces, valientes y orgullosos. Por todas partes poseen castillos y grandes haciendas (las *magiones*). También tienen mucho dinero y se han hecho hasta banqueros. Pero su corazón está en Tierra Santa, donde son de los últimos defensores de los reinos cristianos que surgieron tras la primera cruzada.

Pero en estos días no están tranquilos, como tampoco los cuarenta mil habitantes de la ciudad. De hecho, el sultán de Egipto, Al-Malik al-Ashraf, la está asediando por tierra. Lleva un ejército de sesenta mil jinetes y ciento sesenta mil infantes bien equipados para un largo asedio. San Juan es el último baluarte de los monjes-guerreros en Tierra Santa. Hace cien años que perdieron Jerusalén,

desde que el genial e implacable Saladino se la arrebató. El sultán no tocó a la población, pero a ellos, los caballeros, los exterminó. Habían resistido al asalto, y Saladino llegó a admirarlos, pero eran «gente incómoda, los peores de los infieles», decía. Así que llevó a cabo una masacre con ellos y con los caballeros del Hospital de San Juan –otra orden caballerisca nacida en Jerusalén–, que luchaban juntos.

Desde entonces había empezado la retirada. Los caballeros habían perdido muchos castillos y al final se trasladaron a Acre, adonde llevaron las armas, estandartes y reliquias sustraídas a la Ciudad Santa. Pero el sepulcro de Cristo, en el que cada día se detenían a orar, lo han perdido. ¡Y pensar que habían nacido para defender este santo lugar!

También han perdido el gran relicario con un fragmento de la Santa Cruz que se llevaban a la batalla como protección del cielo: ha caído en manos musulmanas. ¡Sabe Dios si lo recuperarán! Los más jóvenes así lo esperan. Dicen que está sepultado bajo la arena y que hay quien conoce el lugar secreto. Alguno estará pensando en volver de incógnito a recuperarlo...

El Islam parece invencible, mientras en Europa el espíritu de las cruzadas se está debilitando. Está naciendo un mundo distinto.

Guillermo de Beaujeu es ahora el gran maestre de la Orden. Rígido en su pesada armadura, con el cabello corto bajo el yelmo de hierro, la barba amplia sobre el peto de la coraza y su gran capa blanca, este noble caballero francés es una figura majestuosa. Se mueve por los